

Reportajes

Mi aventura desde Roncesvalles a Santiago de Compostela

Por ISIDRO MARTÍNEZ

Animado de familiares y amigos voy a contar la experiencia que viví en los 736 km. que, según dice la guía, hay entre dichas localidades; aunque con seguridad serían 800 km. los andados.

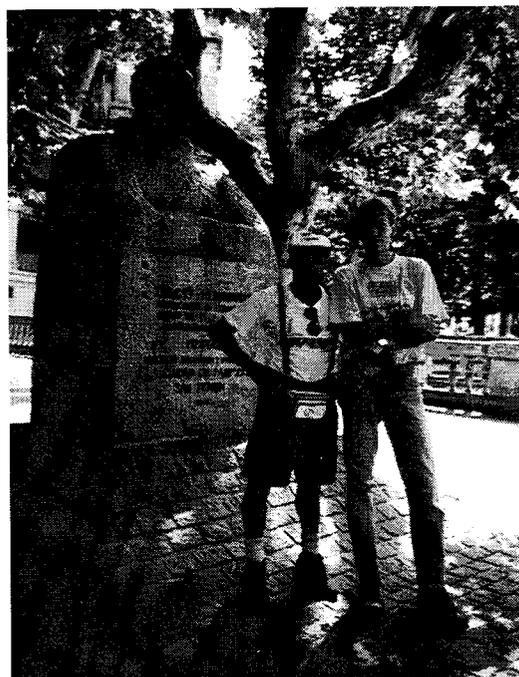
Como nos encontramos en un sitio donde es fácil ver a muchos peregrinos con la mochila a las espaldas, desde siempre me dije: «en cuanto pueda lo intentaré hacer yo». Pero, claro, faltaba el factor tiempo. Pero antes de lo que esperaba llegó el año 1993, Jacobeo por cierto, tuve 6 meses de "regulación" y me dije «ahora o nunca». Y ya en septiembre decidí comenzar, aunque lo hubiese querido antes. Me decidí solo, aunque me hubiera gustado ir acompañado. Pero lo he pensado muchas veces: mejor solo que no hacerlo o intentarlo al menos.

Llegué a Roncesvalles el 7 de septiembre. La gente que nos encontramos allí fuimos a misa, muy ceremoniosa, concelebrada y creo que en latín, al menos parte de ella. Nos dieron una bendición al tiempo de desearnos lo mejor. Luego nos dirigieron a un despacho para darnos cuatro consejos y la credencial del peregrino. Muchos de los que nos encontrábamos allí no teníamos la carta de presentación que se requiere para que te den dicha credencial, pero al fin nos la dieron a todos y sellada al mismo tiempo.

Todo esto fue al atardecer. Pasamos la noche en el albergue y ya el día 8 de septiembre muy de madrugada empezó la peregrinación. Estábamos unos 20: unos tenían prisa, otros se fueron para atrás al Alto de Ibañeta, otros con bici, otros que, como decían, que como el turrón del Almendro hasta Navidad tenían tiempo. Total que cuando me pareció arranqué solo, un poco despistado y dudoso hasta que cogí las flechas y signos indicativos y, con la guía en la mano, ya me las fui apañando. Llevaba como dos horas caminando y en un descanso veo que se me acerca un chico muy alto, rubio y muy delgado, que estaba haciendo lo que yo. Después de las presentaciones, resultó que Miguel, que así se llamaba este mocetón alemán, no entendía muy bien, pero hablándole despacio lo entendía todo. Bien, pues ya continuamos juntos y yo pensé que no podría seguirle por lo alto, delgado y joven; 25 años tenía. Pero, claro, llevaba en la mochila 25 kilos, por los 10 que yo llevaba. Ya camino de Zubiri cogí, un palo de bastón, muy basto por cierto. Luego nos cruzamos con un señor que caminaba en dirección contraria, porque en Roncesvalles era fiesta y nos dijo que

un poco más adelante había unos palos muy buenos para quien los quisiera. Al llegar al lugar cogimos uno cada uno y ya teníamos más pinta de peregrinos. Pero el alemán se cansó pronto y dejó el palo. Llegamos a Zubiri al mediodía, ya cansaditos, pues eran 5 kilómetros más, ya que en este pueblo estaban en fiesta. El alcalde Santiago Zubiri era quien llevaba el albergue, muy bueno y nuevo. Vestía de blanco con pañuelico rojo, como sanferminero, y era quien tiraba los cohetes. Según nos dijo, cobraban 300 pts. por alojarse; pero, como estaban de fiesta, no nos cobró. Por la noche tenían la cena para todo el pueblo en la calle. En el albergue había más peregrinos, todos en bici: unos ingleses y una chica alemana que iba sola. De a pie, sólo Miguel y yo, que continuamos camino hacia Pamplona pasando antes por Villava, el pueblo de Indurain, que junto con Burlada está todo unido a Pamplona. Ya aquí, fuimos al albergue a dejar la mochila y dar una vuelta por la ciudad, ya que Miguel quería hacer unas cosas y de paso ver la estatua de Hemingway, la calle La Estafeta, en fin, un poco la ciudad. Cuando fuimos de nuevo al albergue había una señora que no estaba al principio. Estaba aún asustada, porque la noche anterior tuvo problemas con unos falsos peregrinos. Nos dio la dirección para que le enviáramos una postal; a poder ser, de un puente.

Cruzamos Pamplona, sin rumbo fijo, ya que en el pueblo de Cizur Menor estaba el Alto del Perdón que era



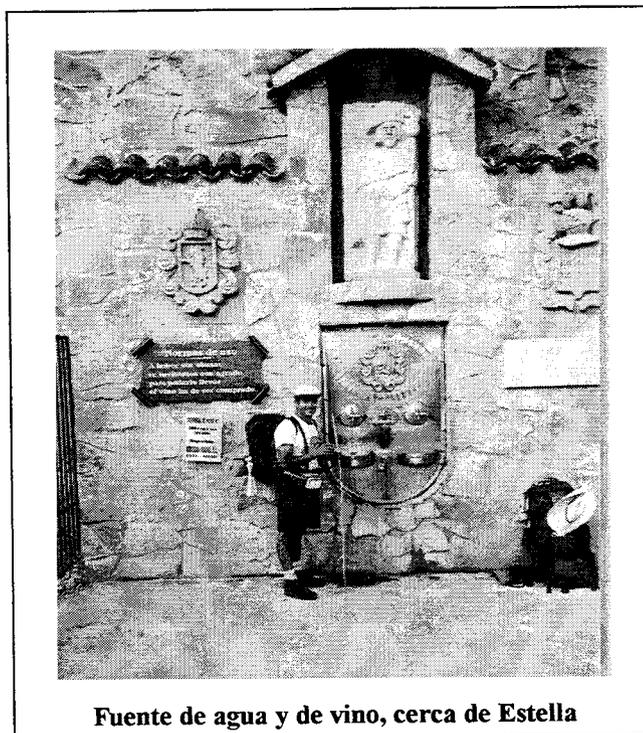
Isidro, Miguel y Hemingway

fastidiado; los que iban en bici la tenían que subir andando. Ya muy cansados, llegamos a Uterga, un pueblo pequeño con un albergue muy peculiar; me dieron una habitación con ducha, servicio y lavabo, pero sin cama ni colchonetas: a dormir en el suelo de terrazo. Metí toda la ropa debajo de la esterilla, pero me levanté con los huesos molidos. Seguimos hacia Puente la Reina, lugar de parada, ya que hay mucho que ver. Allí coincidimos con un castellanense que había hecho el camino antes. Nos mandó tirarle una foto en la imagen de Santiago, donde se juntan los dos caminos, el de Somport y el de Roncesvalles. Este buen hombre estaba visitando en coche todo lo que le quedó pendiente cuando lo hizo a pie.

Siguiendo hacia Estella, nos encontramos con una chica peregrina, llamada Amparo, del mismo pueblo que el señor anterior; y un poquito más adelante con dos danesas que, como Amparo, o no podían o no tenían prisa. Caminamos, Amparo, Miguel y yo con las danesas un rato y luego seguimos. Llegando a Estella, alcanzamos a otro grupo de seis, cada uno de un sitio. Con este grupo cogimos amistad y dormimos dos noches en el mismo refugio, en Estella. Salimos, una vez aseados, a conocer el pueblo, que tiene mucho que ver y al preguntar por no sé qué cosa a dos chicas, encantadoras, se ofrecieron para enseñarnos todo lo de mayor interés. Otra anécdota en el albergue: dos chicos andaluces preguntaron para cenar y se equivocaron y fueron a un convento y... les dieron de cenar gratis.

Después de pasar la noche en Estella, a la salida, nos encontramos con una fuente muy peculiar, con dos grifos: uno daba vino y el otro agua. Era un detalle de las bodegas de Irache. Tenía vasos y todo con las instrucciones del uso. Por supuesto aceptamos el ofrecimiento y la verdad que a mí me dejó el cuerpo como nuevo, ya que había tenido unos problemillas de estómago. Después de pasar por el centro de una urbanización muy nueva, seguimos camino adelante y en el pueblo de Torres del Río encontramos un autocar alemán de turistas que era de cerca de Aquisgrán, de donde era Miguel, y estuvo hablando con alguno de ellos, que, por cierto, también iban camino de Santiago. Llegando a Viana, los encontramos otra vez. Viana es un pueblo con mucho arte, pero dejado de la mano de Dios, como se suele decir. Tiene un albergue nuevo y muy bueno. Estaban de fiesta y por la noche hubo el *toro de fuego*, que no era otro que un chico disfrazado de toro, que llevaba petardos en los cuernos y hacía chispas, y se dedicaba a correr tras la gente como metiéndonos miedo.

Al día siguiente nos despertaron las vaquillas con los encerros, y es que había encierro por las calles. Ya nos despedimos del grupo, porque éstos hacían cuenta de quedarse en Logroño, que estaba a 8 km. de Viana, y nosotros queríamos seguir. Al poco de entrar en La Rioja había una señora, Felisa es su nombre, muy salerosa y amable que con su hija, ya mayores las dos, hacían una encuesta a todo el que pasaba, escribíamos en un bloc y dejamos nuestras impresiones y la firma. También nos ofreció higos, que estaban buenísimos. En Logroño no nos detuvimos; sólo un poco en el *juego de la oca*, que aparece



Fuente de agua y de vino, cerca de Estella

en el suelo de una plaza, marcando los puntos más significativos del camino. De Logroño camino a Navarrete, pasamos un poco de calor. Llegamos al pueblo, en zona de auténtico *rioja*. Era domingo y fuimos a misa. En ese momento llega Martín, ese era su apellido, ya que más tarde nos dijo que su nombre era Candelas; raro para mí, pero así es. Este buen hombre llegó fatigado ya que había dejado el grupo para darnos alcance. Terminada la misa, estuvimos con el cura en la sacristía, para informarnos del albergue, ya que lo llevaba él, y, la verdad, nos contestó poco bien; eran las dos de la tarde y nos dijo que tenía que ir a otro pueblo. En fin, que hasta las seis de la tarde nada de nada. Entonces Martín montó en cólera y, después de despotricar contra el cura, nos dijo a Miguel y a mí: «vamos a comer y me voy con vosotros hasta Nájera aunque reviente». El camino hacia Nájera, corazón de La Rioja, es muy bonito. Las viñas empezaban a coger ese color tan variado y las uvas ya estaban muy buenas. A Miguel le venía muy bien, ya que era vegetariano. En ese recorrido, comenzó un viento, que a veces no nos dejaba ni andar, algunos, que iban en bici, se tenían que bajar. Pero, yo siempre dije: «de lo malo es mejor esto que no que llueva». Y así llegamos a Nájera ya bastante cascados. En el albergue, había gente para reparar los pies y animarnos. Ya había bastantes peregrinos; entre ellos, un chico llamado José, de Torrelavega, que salió cuando yo de Roncesvalles, pero que corrió mucho y lo pagó, aunque ya estaba medio recuperado. Había dos señores ya mayores; uno estaba haciendo el camino por octava vez y su compañero por quinta vez. Ese buen hombre de San Sebastián venía de caminar todo el territorio alemán y francés; había comenzado el 4 de julio y era el 12 de septiembre. El otro señor se juntó con él en Roncesvalles y tenían pensado llegar a Santiago el 5 de octubre. El de las ocho veces tenía 70 años y el otro casi 65. Dos chicas suizas,

que venían de Le Puy (Francia), llevaban caminando 39 días.

De Nájera a Santo Domingo de la Calzada, soplaban un viento de costado tan fuerte que había que apoyar el bastón para que no te llevara. En Santo Domingo hay un albergue con cocina y todo. Visitamos el pueblo, que es muy bonito, y no podía faltar la visita a la catedral donde está el gallo y la gallina que, por cierto, están vivos. Miguel se había quedado con una chica suiza pues hablaban el mismo idioma, a la par que venía muy mal de los pies. Una vez que llegaron, fuimos a comer; yo con más hambre que nunca, pues se habían acabado las viñas. En fin, que, cuando nos sirvieron el primer plato, le dije que me trajera otro de lo mismo. Luego el segundo creo que me lo pusieron doble; se ve que dijeron «a este le quitamos el hambre de una vez». Y así fue, porque no me quedó sitio para el postre. Luego llegó lo más triste: Miguel se quedó. Me dijo que se quería quedar pues no andaba bien de salud y que también quería hablar su idioma con la chica suiza; me dijo también que el lunes era para los protestantes como para nosotros el domingo. A mí me dolía dejarle pues llevábamos muchas horas y kilómetros juntos, pero yo no quería perder el tiempo.

Yo me encontraba bien y junto con Martín seguí hacia Redecilla del Camino, ya en de Burgos. A la salida de Grañón nos despistamos y tuvimos que rodear algunos kilómetros para llegar a Redecilla, donde nos esperaba en el albergue José, el de Torrelavega, y un asturianín, que iba en bici, que habíamos visto en Navarrete. Total que éramos cuatro en dicho albergue, que estaba a media construcción, lo que quiere decir que a dormir en el suelo; pero, al menos con alfombra, ya era otra cosa.

Al día siguiente éramos tres, ya que el de la bici pudo ir tirando, porque había menos viento. Sin darnos casi cuenta nos encontramos en San Juan de Ortega, una pequeña localidad formada por un monasterio, una iglesia, el albergue, un bar, una casa de labranza y alguna que otra casa vacía. Nos invitaron a la misa ya por la tarde y, en dicha celebración, me entró un ataque de risa que tuve que esforzarme tanto en no reírme que incluso llegué a sudar. Es que tenía a mi lado a Martín, el mismo que en Navarrete criticaba al cura, y yo pensaba lo que él estaría pensando respecto a los dos curas en cuestión, aunque éste de San Juan rebotaba bondad por los cuatro costados. Pero la mayor risa me entró cuando en la comunión Martín fue a comulgar. Después de la misa el párroco nos invitó al primer plato de la cena, que consistió en unas sopas de ajo riquísimas; el segundo lo pusimos todos los demás compartiéndolo. Luego en una fuente en la calle fregamos los cacharros.

Al día siguiente nos dio también de desayunar. Pero también había un buzón para corresponder echando unas "pelas", para los del día siguiente. Camino hacia Burgos cruzamos los Montes de Oca, que empiezan mucho antes de San Juan de Ortega, y nos encontramos en Cardeñuela-Riopico. En este pequeño pueblo había un bar, que regentaba la señora Rosa, que ofrecía lo que podía. Decía la buena señora que despachaba muchos cafés y hasta 25

huevos fritos, pero de lo que más orgullosa estaba era del bonito sello que tenía, que era un puente. Poco más adelante nos topamos con la N-1 Madrid-Irún. Hasta Burgos, todo carretera con mucho tráfico. Cruzamos toda la ciudad hasta el albergue y llegamos con ganas de descansar y comer. Al lado está la Facultad de Derecho y allí comimos bien por menos de 500 "pelas". En Burgos, el amigo José tenía una cita, ya que se le unía un grupo de amigos para continuar con él hasta el final, pero de momento no se vieron y se quedó. Martín y yo seguimos hasta Tardajos, nos encontramos el albergue para nosotros solos, aunque luego llegaron tres madrileños en bici. Allí teníamos camas como las de una casa, las mejores de nuestro recorrido.

Pasados unos pueblos sin mucho que mencionar, llegamos a Hontanas y un señor nos invitó a un trago. A mí no me apetecía en ese instante, pero Martín dijo: «eso está hecho» y allá que nos fuimos a un merendero del famoso Victorino, que así se hizo llamar este personaje, que tenía además en construcción un refugio. Aparte de que en el pueblo ya había albergue o refugio, como se le quiera llamar. Pues nos invitó a dicho trago con pan y morcilla cruda. Yo nunca pensé que se comía cruda, pero para allá adentro fue. Pero el mencionado Victorino nos empezó a decir que él sólo recibía la voluntad y tal..., pero Martín me dijo: «la voluntad mía es corta»; así que nos fuimos después de dejar algún párrafo con nuestras firmas en el libro que poseía. Camino de Castrojeriz, el camino pasa por la carretera y, en un momento, bajo un monasterio o convento. En Castrojeriz nos quedó algo por ver en un alto, no sé qué es, algún castillo o fortaleza. Pasando el susodicho pueblo nos encontramos con el Alto de Mostelares, una cuesta que subimos como motos y luego bajada del mismo modo, para encontrarnos con una pareja, Fernando y Ana, que eran madrileños, que fueron los más abundantes en todo el recorrido. Después de charlar un rato los dejamos, ya que nuestro ritmo era más fuerte. Cruzamos el río Pisuegra, que divide Burgos y Palencia. Itero de la Vega es nuestra parada nocturna. Allí nos encontramos con peregrinos con la bici, madrileños y catalanes. Luego llegan Fernando y Ana, que, dicho sea de paso, fue con los que mejor nos entendíamos. Por la noche se acabó el viento y comenzó a llover.

Al día siguiente continuaba lloviendo, pero arrancamos. Hicimos un alto en Boadilla y, en el bar, la señora fue quien nos dijo que el famoso Victorino de Hontanas era un personajillo. Continuamos, sin que parara de llover, camino de Frómista, que había un barrizal como el del Campo, pegajoso a más no poder. Por ese trayecto el amigo Martín, con mal calzado, se cayó varias veces. En una de ellas, como llevaba la mochila atada, no podía soltarla ni levantarse. El hombre se acordaba de Dios, Santiago y algún que otro santo más, pero cuando yo le solté la mochila y se levantó se arrepentía y decía que bien sabía Dios que no le quería ofender. Después de pisar mucho barro y agua llegamos a Frómista, tras haber andado sólo 13 km., y allí pasamos el resto del día, que no paró de llover. Como el amigo Martín en Pamplona mandó un paquete de cosas que le parecían sobrar, entre otras una botas, fuimos a